

Febrero 9.

Fortunato vino á despertarme á las ocho de la mañana. Dos horas hacia que el buque estaba anclado, pero yo, sumido en mi reparador letargo, no habia echado de ver la falta de movimiento. Vestíme á toda prisa y me asomé ansioso á la ventanilla de mi camarote. Jaffa estaba al frente: tenia delante de mis ojos la Tierra Santa.

Sí, allí estaba Jaffa, ese puerto antiquísimo, uno de los mas viejos del mundo, y que Plinio ha dicho ser antediluviano. Al verlo, no podia menos de recordar que el profeta Jonás, huyendo del rostro del Eterno, embarcóse aquí en vez de ir á predicar á la corrompida Ninive, como se lo habia ordenado el Señor. Figurábame tambien mirar delante de mí el Arca que construyó Noé, por mandato divino, cuando habiendo sido decretada la ruina total de los seres vivientes que poblaban la tierra, quiso Dios conservar sus especies dentro de la habitacion flotante cuya construccion ordenó Él mismo, y que protegió con su presencia la familia de un justo agradable á sus ojos.

Por este puerto llegaron á Israel, en tiempo de Salomon, las naves que traian el oro de Ofir, y las que mandaba de Tiro el rey Hiram cargadas con los cedros del Líbano destinados á la construccion del Templo. En estas aguas dejó Leviatan rastros inmensos como abismos.

Jaffa se encuentra situada sobre una colina que descende rápidamente hácia el mar. Así, que su caserío salta á los ojos colocado en gradacion ascendente hácia la cumbre de la montaña. Nada mas pintoresco que la vista de esta poblacion desde el mar, ni nada mas risueño ni alegre. Las banderas europeas que ondean sobre las casas de los cónsules, le dan aire marcado de fiesta.

Al mirar esta primera poblacion de la Palestina, no se cierra el corazon ni se entristece el alma, como el viajero lo espera. Se llevan ordinariamente ideas tan exageradas de muerte y desolacion á

la Tierra-Santa, que pasma encontrar un grupo de casas en pié. La imaginacion acaso se habia representado toda esa nacion cual yermo inmenso, cubierto de escombros de trecho en trecho, entre cuyas piedras se albergaran los hombres como los lagartos. Pero estos no son mas que delirios fantásticos, bien distantes de la realidad.

La tranquilidad del mar continuaba, y á pesar de esto mecíase nuestro buque anclado, con el choque de las olas. Cuando subí sobre cubierta, Fortunato tenia tomada ya una lancha, en compañía de los dos franceses. Apoderóse de mis maletas y bajamos á la lancha, siéndonos preciso tomarla por asalto, pues estaba animada de un pasmoso movimiento ascendente y descendente.

Pusimonos en camino hácia el puerto. Ocho remeros nos conducian con robusto brazo, cantando con voz temblorosa melancólica cancion que dirigia el timonero. Olas inmensas que se levantaban á lo lejos como sábanas de agua prodigiosas, venian á azotar de través nuestra barca, haciéndola inclinar perpendicularmente sobre el abismo. Antes de llegar al puerto es preciso pasar por una estrechura formada por rocas que salen á flor de agua. Allí el movimiento de las olas aumenta considerablemente, y los remeros invocan á Alá para que los saque del mal paso. Mi dragoman y los franceses, asidos convulsivamente al borde de la barca, miraban la mar con ojos despavoridos. Siempre que hay marejada, el puerto se hace inabordable.

El golfo formado por la costa, es casi imperceptible; así que los vientos soplan allí libremente. Por otra parte, las rocas enormes que cierran el paso, sacan al aire sus puntas agudas, eternamente dispuestas á hender las frágiles embarcaciones que contra ellas arrojen el viento y las olas. Josefo decia que Joppe (Jaffa), aunque al borde del mar, no tenia puerto; y esta es la verdad, pues Jaffa no tiene de puerto mas que el nombre.

Salidos del mal paso con unos cuantos golpes de remo, llegamos al muelle, que es extremadamente pequeño y muy elevado. Hubo

necesidad de que los barqueros nos elevaran en brazos para que los árabes, que estaban arriba, nos izaran á su vez tomándonos de la mano. Al fijar mi pié en el suelo, viniéronme deseos de echarme de bruces, abrazar la tierra, y murmurar satisfecho: «no te me escaparás, Asia.» Así fué como Scipion, habiendo tropezado al pisar las playas de Cartago, tomándolo por buen agüero, tendió los brazos exclamando: «no te me escaparás, África.» Y á fé que lo hubiera hecho, á no estar el muelle cubierto de lodo y plagado de gente.

Manos desconocidas se apoderaron de mi equipaje. En medio de inmenso gentío y mayor algazara, caminé sin saberlo, llevado por la multitud, á una especie de bodega con puerta hácia el mar, dentro de cuyo recinto sombrío y húmedo, yacian amontonados en desorden cajones de mercancías y equipajes. Aquella bodega era el registro de la aduana. Un turco vestido con traje azul de paño era el gefe superior de aquel sitio, y tenia tales ojos que eran capaces de dar miedo á las mismas maletas. Nuestro equipaje fué hacinado tumultuosamente á la entrada de la bodega, entretanto que el pueblo curioso se apiñaba á la puerta mirándonos á nosotros y nuestras cosas con ojos admirados. Buen rato estuvo nuestro equipaje enfrente del turco de la aduana sin que este se ocupase de ponerle mano. Fortunato gritaba, el turco gritaba, y todos á mi alrededor gritaban, formando tal jerigonza, que hube de abandonar el puesto y salir al muelle, por evitar la total ruina de mis tambores acústicos. Y el resultado fué que despues de largo espacio salió Fortunato triunfante de la bodega, precedido de dos mozos cargados con nuestros sacos y habiendo conseguido mediante el indefectible *bakshish* que el aduanero dejase pasar nuestras cosas sin registrarlas.

Andando siempre á lo largo del muelle, llegamos á una puerta de construccion tosca, que es la entrada del convento latino. Subimos por una escalera que presumí nos conduciría á un piso alto, pero que con grande asombro mio nos condujo á un patio que sirve de vestíbulo á la iglesia del convento. Mi equivocacion tenia por causa la

irregularidad del terreno de Jaffa, que, como he dicho, está formado por la falda de una montaña.

Salió á recibirnos el lego encargado de la cocina, que era italiano. Nos invitó para que almorzáramos, y nos hizo entrar en la pequeña iglesia, donde á la sazón era celebrada una misa. Solo Dios sabe lo que mi corazón le dijo en aquel momento, cuando caí de rodillas. Yo lo ignoro. Me parecia que era un sueño mi llegada á aquella tierra, y sentía mi pecho rebotando reconocimiento hácia Dios, porque me habia permitido realizar la ilusion desde mi infancia acariciada, de venir á peregrinar á este suelo sagrado.

A pesar de mi abstraccion, no pude menos de notar la novedad de los trages al echar una ojeada escudriñadora por la iglesia. Los hombres llevaban anchos calzones flotantes y pequeñas chaquetillas, ostentando en la cintura ricas fajas de seda de Damasco. Las mujeres llevaban desde la cabeza una sábana blanca, en que envolvian su cuerpo. No tenian anillo sobre la nariz, y reemplazando el antifaz, que es de uso en Egipto, un velo de color, echado sobre la cara, se la cubria totalmente. Algunas mujeres, sin embargo, tenian el velo levantado, y pude observar que su tez era blanca, sus facciones regulares y sus ojos hermosos; su conjunto en general, mucho mejor que el de las egipcias.

No fui muy lejos en mis oraciones ni en mis observaciones, pues el hambre me aguijoneaba. Salí á poco de la iglesia, y me dirigí al comedor, donde tuve el gusto de ver sobre el blanco mantel de la mesa la humeante sopera.

Mis compañeros franceses siguieron su camino hácia Jerusalem, dispuestos á no detenerse en Ramleh, pues su tiempo era angustiado, no teniendo sino ocho dias para hacer su peregrinacion y reembarcarse. Quedamos aplazados para reunirnos en Jerusalem dentro de dos dias, y hacer juntos nuestra excursion al Mar-Muerto.

Vino tambien á sentarse á la mesa el padre que habia celebrado la misa, y era un jóven de treinta y cinco años, de tal manera mo-

reno, que lo hubiera tomado sin temor de equivocarme, por uno de tantos clérigos paisanos míos, de origen azteca. Departimos alegremente durante el almuerzo. Casualmente mi comensal iba á partir á Ramleh como yo, aquel mismo día. Convinimos, pues, en hacer nuestro viaje juntos hasta Jerusalem.

Concluido el almuerzo, el lego se me acercó para preguntarme quién era Fortunato. Díjele que era mi dragoman; hizo muy mala cara, y me respondió que todos los individuos de esa clase eran ladrones. Un frailecito español que llegó á poco me dijo lo mismo, y trató de pintarme el tipo dragománico con los colores mas negros. No presté, sin embargo, atención á sus amonestaciones, en virtud de estar convencido de la honradez de Fortunato. Los hechos subsiguientes me demostraron que realmente mi dragoman era muy digno de confianza.

El superior del convento vino á verme para hablar español conmigo, atraído por el rumor de que habia llegado un peregrino mexicano. Era un español muy simpático; viejo venerable que debia mas saber á la experiencia que al estudio. Llevóme á su celda, donde tuve el gusto de encontrarme con un itinerario en frances del viajero en Palestina. Comprélo en el acto, pues no tenia sino otro en italiano, que entendia con mucho trabajo. Este itinerario me sirvió grandemente en lo sucesivo, pues es exacto, minucioso y curioso, habiendo sido escrito por un lego que ha recorrido veinte veces los sitios notables de la Tierra Santa. Este libro, escrito por el hermano Lavinio de Hamme, no tiene mas defecto que estar en malísimo frances, pues el hermano Lavinio es belga. Tal defecto era para mí una bagatela, pues en mi calidad de extranjero en la hermosa lengua de Racine, apenas si notaba alguna que otra falta de construcción, de seguro (pues yo la echaba de ver) grande como un templo.

Manifesté al superior deseos de visitar la ciudad, y tuvo él en el acto la amabilidad de proporcionarme un conductor. Era este un joven católico natural del país, educado en el convento, y que tenia,

por su aire manso, fisonomía tranquila y dulce trato, el aspecto de un antiguo catecúmeno. Despedíme del superior y me puse luego en marcha, pues debiendo salir de Jaffa dentro de algunas horas, no tenia tiempo que perder.

Mi primera visita fué á la ciudadela ó fuerte que data, segun se dice, del tiempo de San Luis. Es un cuadrilongo de medianas dimensiones, formado de piedra. La yerba crece en su recinto como en un campo. Dos ó tres cañones sin cureñas, ennegrecidos por la lluvia, se encuentran tirados, que no colocados, en la boca de las troneras.

Al mirar aquel resto miserable del magnífico edificio construido por el santo rey de Francia, no podia menos de pensar en la instabilidad de las cosas del mundo, y en la perfidia del tiempo que se empeña en borrar de la superficie de la tierra los rastros de la gloria y el poder humanos. Muy cerca de este fuerte pasó la escena conmovedora y sublime que presencié el Sir de Joinville, cuando San Luis recibió la noticia de la muerte de su madre. El monarca exclamó anegado en lágrimas: «Señor, yo no os acuso porque habeis llevado hácia vos á la reina Blanca, que, como sabeis, era un tesoro de hermosura y de pureza; yo os doy gracias porque me habeis permitido gozar tanto tiempo la felicidad de tenerla á mi lado.» Palabras que solo el cristianismo pudo inspirar en una alma grande como las de los mártires del Circo.

De la ciudadela pasé al convento armenio-cismático, que está cerca del franciscano, y sobre el mismo muelle. En 1799 las tropas francesas, al mando de Napoleon, tomaron el puerto por asalto. Napoleon mandó fusilar á todos los prisioneros turcos. A consecuencia de esta matanza horrible y de los miasmas que se desprendieron de los cadáveres, el ejército frances se vió diezmado por la peste. El convento armenio fué trasformado en hospital para los enfermos. Allí fué donde Napoleon tocó con sus manos los tumores de los apestados, pretendiendo con esto levantar la moral de los pacientes, ó tal

vez curarlos como los reyes franceses curaban los lamparones en la Edad-Média. Sea de esto lo que fuere, el resultado fué que Napoleón no operó ningún prodigio moral ni físico con haber tocado los tumores, y que los ingleses lo obligaron á salir á toda prisa de Jaffa. Antes de evacuar la plaza, sin embargo, hizo envenenar á los apesados que no pudo llevarse consigo en la ambulancia. Así lo cuentan la tradición y la historia para mengua de la gloria del moderno Alejandro.

Yo ví en el convento armenio la sala que fué teatro de esta farsa y este crimen.

Mi guía me condujo á un establecimiento de baños, cuya bondad no me atreví á probar en mi cuerpo. Eran tres piezas revestidas de mármol, á distintas temperaturas. La primera estaba á la temperatura ambiente; la segunda tenía un grado de calor mas elevado; y la tercera brotaba lumbre como el infierno. Multitud de turcos habia en estos aposentos, algunos en paños menores y otros en menos que menores. Los bañeros se ocupaban en sacudir varas aromáticas sobre el cuerpo de los bañadores, ó en restregarles las carnes suavemente con las manos.

Salí de los baños sudando y con la cara y las manos empapadas en vapor de agua.

El guía me condujo á la casa de *Simon el curtidor*. Los cruzados erigieron un templo sobre el lugar donde esta existía. Los mahometanos en parte derribaron la iglesia y en parte la convirtieron en mezquita. La mezquita es sumamente pequeña; está blanqueada con cal, y tiene esteras sobre el suelo, donde se arrodillan los fieles. Mediante un pequeño *bakshish* que dí al guardian, fuéme permitido subir á la azotea, desde donde pude disfrutar del mismo panorama que tenia á los ojos San Pedro, cuando llamado á Cesarea por el centurion Cornelio, dudaba si debería hacer á los gentiles partícipes de las gracias de su Maestro. De seguro que yo ví las cosas como las vió el primer pontífice, pues la mar no ha cambiado. Dos mil años

para ella son un punto. Las olas venian á estrellarse contra los vetustos cimientos de la mezquita, como en otro tiempo se estrellaron contra los de la casa de Simon. Grandes espumas se levantaban de los picos de las peñas contra los cuales se precipitaba el agua agitada. Inmenso horizonte se abria hácia el occidente. En sus horas de oracion lo miraba diariamente San Pedro. Allí estaba el Mediterráneo, y mas adelante la Europa; allí estaba el porvenir de la iglesia. La coincidencia parecia providencial.

Un dia en que San Pedro se hallaba en oracion en lo alto de la terraza y sentia hambre, tuvo una alucinacion de espíritu y vió que descendia del cielo como un inmenso lienzo en el cual habia toda suerte de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le mandó que comiera, y él se resistió diciendo que nunca habia comido cosa inmunda ni impura. Y la voz replicó: «no llares impuro lo que Dios ha purificado.» En aquel momento recibió San Pedro á los enviados de Cornelio; é iluminado por la vision que habia acabado de tener, no resistió mas tiempo, y se puso en camino con ellos á Cesarea, donde abrió las puertas de la Iglesia á los primeros gentiles convertidos. Así fué como Dios hizo conocer á su sucesor en la tierra su voluntad sobre el hecho mas trascendental de la era moderna: la vocacion de los gentiles. Moisés dió leyes á los hebreos; Jesucristo las dió á los hombres. La Ley Antigua debia ser conservada como en un sagrario en el pueblo escogido; gérmen de vida que se mantuvo oculto durante cinco mil años, y que se desarrolló despues, modificado por la Ley Nueva, extendiendo sus raíces impercederas por el mundo. Y vino un dia en que desapareció el pueblo para hacer lugar á los pueblos; y la tierra fué un vasto Israel, sobre el que se derramaron los prodigios del Omnipotente. La salud vino al mundo sin distincion ni reserva. El Antiguo Testamento concluyó enlazándose con el Nuevo; se cambió la faz de las cosas; en vez de seis millones de hebreos, surgió de una sociedad abyecta y moribunda, la humanidad vivificada y llena de luz. —

Descendí de la terraza, porque era muy tarde y tenía que partir en el mismo día para Ramleh. Me dirigí al convento franciscano, donde me esperaba Fortunato con las mulas cargadas y los caballos ensillados. Tocóme en suerte cabalgar sobre un bruto grande, hermoso y ligero; pero lo que más me llenó de alegría fué ver que en lugar de la incómoda silla que usan los árabes, mi dragoman providente me había deparado una al uso inglés, la cual, aunque vieja, no por eso había perdido su estructura. El sacerdote italiano que había comido conmigo, estaba á mi llegada montado ya sobre un manso alazan, cuya cabeza colgante parecía querer ocultarse entre las piernas. Molesto se hallaba asaz y desequilibrado el buen sacerdote. Era aquella una de las poquísimas ocasiones en que se había visto caballero sobre los lomos de un animal de la especie; aunque según él decía, sabía tenerse muy bien sobre los de un asno.

Su traje talar, su sombrero de seda y sus zapatos con grandes hebillas, formaban extraño embarazado conjunto, y daba pena mirar aquel ginete.

Precedido por el dragoman y seguido por el eclesiástico, me puse en marcha por las calles de Jaffa. Atravesé un mercado cubierto de gente, donde se vendían frutas de distintas clases. Había muy buenas naranjas, limones, granadas, plátanos y cañas de azúcar. Las naranjas de Jaffa, sobre todo, son de calidad excelente y extraordinario tamaño. Durante el estío hay sandías muy ricas, uvas, higos, moras; y toda especie de legumbres frescas y gustosas, como no se ven en otra parte del globo.

Grande dificultad tuve en pasar por las calles estrechas del bazar. Forman los árabes grescas infernales cuando algún viajero involuntariamente comete algún atropello.

Más allá del bazar, después de haber dejado atrás dos ó tres recodos, entramos en el camino real que está costado un buen trecho por jardines y huertos del más risueño aspecto. Allí crecen con lujurante ostentación de verdura, los naranjos, los granados y los li-

moneros. Jaffa (que quiere decir agradable), es uno de los lugares más fértiles de la tierra, y su reputación en este sentido data de la más remota antigüedad. Los turcos y los árabes ricos tienen aquí sus casas de campo, y vienen á pasar á ellas el invierno para vivir burlándose de él, en medio de la verdura, las flores, los perfumes y el canto de los pájaros.

Después de corta marcha llegamos á una fuente de agua potable, construida por Abu-Nabbut, en una plaza plantada de cipreses y sicomoros. En el jardín que se halla al norte de esta fuente, fué donde existió la casa de Tabita.

Tabita murió, y San Pedro, llamado al lecho mortuario, ordenó á la difunta: *levántate*; y Tabita volvió á la vida.